

CAPILLA ALFONCINA

UNIVERSIDAD

# LIBRO SÉTIMO.

## IMPRUDENCIA DE DIRIGIR PREGUNTAS A UN LIBRO.

Algunos minutos después de mi llegada al  
señor Landry, Gillet se hallaba en Saint-Sauveur.  
Gillet estaba en el momento de salir de la casa  
para salir.  
Se va en Saint-Sauveur un poco de camino por  
la izquierda. Toda la gente se halla en los portales. Las señoras  
se gritan. Había algunos que estaban en el grupo de señoras  
y que estaban hablando y hablando. Algunos  
señoras.



CAPILLA ALFONSINA

IMPRESA UNIVERSITARIA

LIBRO SÉTIMO.

IMPRUDENCIA DE DIRIGIR PREGUNTAS  
A UN LIBRO.



I.

LA PERLA EN EL FONDO DEL PRECIPICIO.

Algunos minutos despues de su breve coloquio con sieur Landoys, Gilliatt se hallaba en Saint-Sampson.

Gilliatt estaba inquieto hasta la ansiedad. ¿Qué habia pues sucedido?

Se oia en Saint-Sampson un ruido de colmena espantada. Toda la gente se hallaba en los portales. Las mujeres gritaban. Habia algunas que referian al parecer alguna novedad y gesticulaban, formándose grupos en torno suyo. Se oia esta exclamacion: ¡qué desgracia! Algunas caras se sonreian.



Gilliatt no interrogó á nadie. No estaba en su naturaleza el hacer preguntas.

Además, estaba demasiado conmovido para hablar á indiferentes.

Desconfiaba de las narraciones, y prefería saberlo todo de una vez, por lo que se fué derecho á los Bravées.

Era tal su inquietud, que ni siquiera tuvo miedo de entrar en aquella casa.

Además, la puerta de la sala baja que daba al muelle estaba abierta de par en par.

Había en el umbral un hormiguero de hombres y mujeres.

Todo el mundo entraba y él entró.

Al entrar, halló apoyado en el dintel de la puerta á sieur Landoys que le dijo á media voz:

—¿Sabeis sin duda ya el acontecimiento?

—No.

—No he querido decíroslo desde el camino para no parecer pájaro de mal agüero.

—¿Qué hay?

—La Duranda se ha perdido.

Había mucha gente en la sala.

Los grupos hablaban bajo, como en el cuarto de un enfermo.

Los asistentes, que eran los vecinos, los transeuntes, los curiosos, los primeros á quienes se ocurría entrar, estaban apiñados junto á la puerta con una especie de recelo, y dejaban vacío el fondo de la sala en que, al lado

de Deruchette que estaba sentada llorando, se veía en pie á mess Lethierry.

Este estaba arrimado de espaldas al tabique del fondo. Su gorro de marinero le caía sobre las cejas. Un mechón de cabellos grises le acariciaba una mejilla. No hablaba una palabra. Sus brazos no tenían movimiento, y parecía que ningún soplo de vida salía de su boca.

Era como una cosa cualquiera apoyada contra la pared.

Al verle, se comprendía que era un hombre dentro del cual la vida acababa de hundirse. No existiendo ya Duranda, Lethierry no tenía ya razón de ser. Tenía un alma en el mar, y esta alma acababa de zozobrar.

¿Qué había de hacer ahora? Levantarse todas las mañanas, acostarse todas las noches. No aguardar nunca más á la Duranda, no verla ya partir, no verla ya volver. ¿Y qué es un resto de existencia sin objeto? Beber, comer, ¿y después?

Aquel hombre había coronado todos sus trabajos con una obra maestra, y todos sus sacrificios con un progreso. El progreso quedaba abolido, la obra maestra estaba muerta. ¿A qué vivir aun algunos años vacíos?

Nada tenía que hacer en lo sucesivo. A su edad no se vuelve á empezar la obra, y, además, él estaba arruinado. ¡Pobre viejo!

Deruchette, llorando junto á él sentada en una silla, tenía entre sus dos manos uno de los puños de mess Lethierry. Las manos estaban juntas, el puño estaba crispado. Hé ahí la diferencia entre las dos angustias.



Las manos juntas indican que se espera aun algo; el puño crispado denota que no se espera ya nada.

Mess Lethierry le abandonaba su brazo y la dejaba hacer. Era pasivo. No tenia mas que la cantidad de vida que puede tener un hombre despues de ser herido por el rayo.

Hay ciertos empujes en el fondo del abismo que apartan al hombre de todos los seres vivientes. Las personas que van y vienen dentro de su cuarto son confusas é indistintas; le dan con el codo sin llegar hasta él. Él es para ellas intratable, y ellas son para él inaccesibles.

La dicha y la desesperacion no son los mismos medios respirables.

El desesperado asiste á la vida de los demás desde muy lejos; ignora casi su presencia; pierde el sentimiento de su existencia propia; por mas que sea de carne y huesos, no es ya para sí mismo un ser real; para sí mismo no es mas que un sueño.

Mess Lethierry tenia la mirada de los que se hallan en una de estas situaciones.

Los corrillos cuchicheaban. Cada cual decia lo que sabia. Hé aquí cuáles eran las noticias.

La Duranda se habia perdido la víspera en la roca de Douvres, con motivo de la niebla, cosa de una hora antes de ponerse el sol. A escepcion del capitán, que no habia querido abandonar el buque, la tripulacion y los pasajeros se habian todos salvado en el bote.

Una borrasca de Sud-oeste, que sucedió á la niebla,

á poco les hizo naufragar por segunda vez, y les echó mar á dentro mas allá de Guernesey.

Por la noche tuvieron la buena suerte de encontrar el *Cashmere*, que les recogió y dejó en Saint-Pierre Port. Toda la falta era del timonel Tangrouille, el cual estaba en la cárcel.

Clubin habia sido magnánimo.

Los pilotos, que abundaban en los grupos, pronunciaban esta palabra: *el escollo Douvres*, de una manera particular.—¡Mala posada! decia uno de ellos.

Se notaban encima de la mesa una brújula y un envoltorio de registros y de libros, que eran sin duda la brújula de la Duranda y los papeles de á bordo entregados por Clubin á Imbrancam y á Tangrouille en el momento de partir el bote.

¡Magnífica abnegacion, decian todos, la de aquel hombre, que salvó hasta los legajos en el instante mismo de dejarse morir! ¡Pequeña circunstancia llena de grandeza! ¡Olvido sublime de sí mismo!

Habia unanimidad en admirar á Clubin, y unanimidad tambien en creer que se habia afortunadamente salvado.

El falucho *Shealtiel* habia llegado algunas horas despues que el *Cashmere*, y traia las últimas noticias. Acababa de pasar veinticuatro horas en las mismas aguas que la Duranda. Se habia mantenido á la espera durante la niebla, y bordeado durante la tempestad.

El patron del *Shealtiel* estaba presente entre los concurrentes á la casa de Lethierry.



En el instante de entrar Gilliatt, el patron del *Shealtiel* acababa de hacer su relato á mess Lethierry. Este relato era un verdadero informe.

Al amanecer, concluida la borrasca y siendo ya el viento manejable, el patron del *Shealtiel* habia oido bramidos en alta mar. Este ruido, propio de las praderas, en medio de las olas le habia sorprendido, y se dirigió hácia el punto de que procedia.

Percibió á la Duranda en las rocas Douvres.

La bonanza le permitia acercarse. Hizo oír su bocina, á la cual solo contestaron los mugidos de los bueyes que en la sentina se estaban ahogando. El patron del *Shealtiel* estaba seguro de que no habia persona alguna á bordo de la Duranda, en cuya cubierta se podia permanecer perfectamente, y Clubin habia podido pasar en ella la noche, por violenta que hubiese sido la borrasca.

No era Clubin hombre que tan fácilmente soltase la presa. No estaba allí, luego estaba salvado.

Varios pailebots y lugres de Grainville y de Saint-Malo, desprendiéndose de la niebla, debieron la víspera por la noche costear de bastante cerca el escollo Douvres. Sobre el particular no podia haber duda. Uno de ellos habria evidentemente recogido al capitan Clubin.

Es menester recordar que el bote de la Duranda estaba completamente lleno al separarse del buque barado, que iba á correr muchos riesgos, que un hombre mas era un exceso de peso que podia hacerle zozobrar, y que esta circunstancia debió ser precisamente la que hizo tomar á

Clubin la resolucion de quedarse en la cubierta de la Duranda; pero una vez cumplido su deber, presentándose un buque salvador, ninguna dificultad tenia seguramente Clubin en aprovecharse de él.

No por haber sido un héroe, habia de ser despues un majadero.

Un suicidio hubiera sido tanto mas absurdo, cuanto que Clubin era intachable.

El culpable era Tangrouille y no Clubin.

Todo esto era concluyente; el patron del *Shealtiel* tenia evidentemente razon, y todos esperaban ver reaparecer á Clubin de un momento á otro. Se trataba de llevarle en triunfo.

Dos certezas resultaban del informe del patron. Clubin salvado y la Duranda perdida.

En cuanto á la Duranda, no habia mas que tener paciencia; la catástrofe era irremediable. El patron del *Shealtiel* habia asistido al último acto del naufragio.

La roca muy aguda en que la Duranda se habia en cierto modo clavado, habia resistido toda la noche el choque de la tempestad, como si quisiera guardar los despojos para ella; pero por la mañana, en el instante de irse á alejar el *Shealtiel* de la Duranda, convencido de que no habia que salvar persona alguna, sobrevino una de esas olas encrespadísimas que son como el último arrebató de cólera de las tempestades.

Aquella ola habia levantado furiosamente en alto la Duranda, la habia arrancado de la rompiente, y con la



velocidad y rectitud de una flecha la había arrojado entre los dos peñascos Douvres.

Se oyó un crujido «diabólico,» decía el patron. La Duranda, subida por el oleaje á cierta altura, quedó barada entre los dos peñascos. Quedaba clavada de nuevo, pero con mas solidez que en la rompiente submarina.

Allí iba á quedar deplorablemente suspendida, entregada á todos los vientos y á todas las olas.

La Duranda, segun decía la tripulacion del *Shealtiel*, había ya fracasado en sus tres cuartas partes. Evidentemente se hubiera ido al fondo durante la noche si el escollo no la hubiera sujetado y sostenido.

El patron del *Shealtiel* con su anteojo había estudiado la obra muerta.

Daba con precision marina los pormenores del desastre; la aleta de popa de estribor estaba desfondada, los palos tronchados, el velámen desempalomado, los obenques casi todos cortados, la claraboya de la escotilla aplastada por la caída de una verga, las costillas de un costado partidas al nivel de la borda, el techo de la despensa desplomado, el árbol del gobernalle roto, los guardines del timon desclavados, las bitas perdidas, el codaste llevado por el agua, el estambor hecho pedazos. En cuanto á la grua de cargamento, puesta en el palo de proa, no queda nada, zafarrancho completo, ni guindaletas, ni cuadernales, ni molinetes, ni motones, ni polea de hierro, ni cadenas. La Duranda estaba dislocada; ahora el agua se entretendrá en reducirla á menudas astillas.

Nada quedará de ella dentro de muy poco tiempo.

Es sin embargo digno de notarse que la máquina apenas había sufrido menoscabo, lo que probaba su escelencia.

El patron del *Shealtiel* creía poder afirmar que la cigüeñuela no ofrecía ninguna avería grave. Los palos del buque habían cedido, pero la chimenea de la máquina había resistido. Las grapas de hierro estaban todas no mas que torcidas; los tambores habían sufrido bastante, pero no parecía que faltase á las ruedas una sola pala.

La máquina propiamente dicha estaba intacta. Tal era la conviccion del patron del *Shealtiel*, opinion de que participaba el maquinista Imbrancan, que se mezclaba con todos los grupos. El valiente negro, mas inteligente que muchos blancos, era el admirador de la máquina.

Levantaba los brazos abriendo los diez dedos de sus atezadas manos, y decía á Lethierry que permanecía mudo: Mi amo, la máquina aun vive.

Pareciendo segura la salvacion de Clubin, y habiéndose sacrificado el casco de la Duranda, toda la cuestion en las conversaciones de los corrillos se reducía á la máquina, que inspiraba tanto interés como si fuese una persona.

Todos elogiaban su buena conducta.—Hé aquí lo que se llama una señora sólida, decía un marinero francés.— ¡Es lo que no hay! gritaba un pescador guernesiano.— Necesario era que tuviese mucho manejo, replicaba el patron del *Shealtiel*, para salir de tan apurado trance sin mas que dos ó tres desolladuras.



La máquina se hizo poco á poco la preocupacion única. Exaltó las opiniones en pro y en contra.

Tenia amigos y enemigos. Mas de uno habia, patron de un buen buque de vela, que teniendo esperanzas de hacer suya la clientela de la Duranda, no sentia que el escollo Douvres hubiese dado su merecido á la nueva invencion.

El cuchicheo se convirtió en altercado. Se discutió casi con estrépito. Sin embargo, era siempre un ruido algo discreto, y por intervalos las voces se bajaban bajo la presion del silencio sepulcral de Lethierry.

Del coloquio empeñado en todos los puntos resultaba lo siguiente:

La máquina era lo esencial. Construir otro buque era posible, pero construir otra máquina no. Era una máquina única. Para fabricar otra igual faltaba el dinero, y mas aun el artífice. Se recordaba que el constructor de la máquina habia muerto. La máquina habia costado 40,000 francos.

Nadie en lo sucesivo arriesgaria un capital tan fuerte en una eventualidad semejante, con tanta mas razon, cuanto que el nuevo invento estaba ya juzgado, sabiéndose por esperiencia que los buques de vapor se perdian lo mismo que los otros.

El accidente de la Duranda esterilizaba todos sus pasados triunfos.

Triste era sin embargo considerar que aquella máquina tan ingeniosa se hallaba aun íntegra y en buen estado, y

que antes de cinco ó seis dias seria probablemente una ruina como el buque.

Mientras ella existiese, no se podia decir que habia habido un verdadero naufragio.

La pérdida de la máquina seria lo único irreparable. Salvar la máquina seria reparar el desastre.

Eso de salvar la máquina era cosa fácil de decir. ¿Pero quién se encargaria de salvarla? ¿era acaso posible?

Concebir un proyecto y ejecutarlo, son dos cosas muy diferentes, y si algun proyecto habia habido impracticable é insensato, era éste: salvar la máquina barada en los Douvres.

Absurdo seria enviar á trabajar en aquellos escollos un buque y una tripulacion; ni cuerdo siquiera pareceria soñar en una empresa semejante.

Era la estacion de los temporales. A la primera borrasca las cadenas de las áncoras serian partidas por las crestas submarinas de las rompientes, y el buque se haria pedazos contra las rocas. Seria enviar un segundo naufragio á socorrer el primero.

En la especie de agujero de la meseta superior, donde se habia albergado el náufrago de la leyenda muerto de hambre, habia apenas espacio para un hombre solo. Seria, pues, necesario para salvar la máquina que fuese un hombre á los peñascos Douvres, y que fuese á ellos solo, y que solo allí permaneciese, solo en aquel mar, solo en aquel desierto, solo á cinco leguas de la costa, solo semanas enteras, solo delante de lo previsto y lo imprevisto,



sin refresco de provisiones en medio de las angustias de un desenlace penoso, sin socorro alguno en los incidentes del peligro, sin otro vestigio humano que el del antiguo náufrago que espiró allí de hambre, sin otro compañero que aquel muerto. Y, además, ¿qué podría hacer para salvar la máquina? Sería necesario que fuese no solo marinerero, sino también herrero. ¡Y en frente de cuántas dificultades!

El hombre que acometiese una empresa semejante sería más que un héroe, sería un loco. Porque en ciertas empresas desproporcionadas, en que lo sobrehumano parece necesario, encima de la intrepidez está la demencia. Y, en efecto, todo bien considerado, ¿sacrificarse por hierro viejo, no sería una extravagancia?

No, nadie irá a los peñascos Douvres. Fuerza es renunciar a la máquina como al resto del buque. El salvador que se necesitara no se presentará. ¿Dónde hallar un hombre semejante?

Tales eran, si no en la forma, en el fondo, las conversaciones de la concurrencia.

El patron del *Shealtiel*, que era un antiguo piloto, renunció al pensamiento delante de todos en alta voz:

—¡No! es asunto concluido. El hombre que irá allí y traerá la máquina no existe.

—Puesto que yo no voy, añadió Imbrancam, es evidente que no se puede ir.

El patron del *Shealtiel* sacudió su mano izquierda con la viveza que espresa la convicción de lo imposible, y repuso:

—Si existiese...

Deruchette volvió la cabeza, y dijo:

—Yo me casaría con él.

Hubo un momento de silencio.

Un hombre muy pálido salió de uno de los grupos y preguntó:

—¿Os casaríais vos con él, miss Deruchette?

Era Gilliatt.

Todas las miradas se dirigieron a Letthierry, que se puso de repente muy erguido. Brillaba bajo sus cejas una luz extraña.

Tomó su gorro de marinerero y lo echó al suelo. Miró después solemnemente delante de sí, sin ver a ninguna de las personas presentes, y dijo:

—Deruchette se casaría con él. Doy mi palabra de honor al buen Dios.